

INTRODUCCIÓN

No, no resulta fácil la comprensión entre los esposos ni entre padres e hijos. Y es que, como Oscar Wilde pone de manifiesto en *El abanico de Lady Windermere*, haciendo uso de su característico cinismo, la comprensión puede resultar muy peligrosa. En efecto, a la exclamación que el autor pone en boca de Lord Augustus, «es tan maravilloso encontrar una mujer que te comprenda de verdad», Dumby contesta: «A mí me parece peligrosísimo. Siempre acaban casándose contigo».

Este breve comentario, más o menos discutible, pone de manifiesto, sin embargo, el hecho de que contraer matrimonio no sale garante de que esa «comprensión» sea perenne. Con frecuencia, la comprensión se muda en incomunicación. Y todo lo que no se comunica no se comparte; de la misma forma que, lo que no se comparte, separa, distancia y aleja. Por lo que, al fin, en algunas parejas y familias, la comprensión se muda en incomunicación, y ésta se transforma, más tarde, en aislamiento e incomprensión.

Recuerdo, a este respecto, una anécdota académica que puede resultar ilustrativa de cuanto más adelante se afirma en esta publicación. El hecho aconteció después del almuerzo y la celebración que siguieron a la defensa de una tesis doctoral. Varios profesores universitarios, especialistas en terapia familiar, mientras esperaban la hora de salida de los diversos medios que les conducirían a sus ciudades de origen, se reunieron en una amigable y distendida tertulia para cambiar impresiones.

Inevitablemente, surgió el tema de la evaluación psicológica y psicopatológica de la familia. Las opiniones que se vertieron en aquella memorable ocasión fueron muy diversas. Fuera porque habían finali-

zado su menester y el ambiente resultara muy distendido —lo que propiciaba las mejores circunstancias para que cada uno manifestase lo que pensaba— o fuera porque, en efecto, la evaluación de la familia es uno de esos «agüjeros negros», todavía no afrontados en modo suficiente por el psicodiagnóstico, el hecho es que las discrepancias entre los interlocutores allí concitados resultaron ser más intensas y numerosas que las posibles convergencias que de ellos cabía esperar.

La conversación tomó luego otros derroteros, como suele acontecer en estos casos. Urgando ahora en la memoria, lo que comparece es que, la mayoría de los que allí estaban, sólo coincidieron en que sin evaluación resulta muy difícil identificar cuál es la terapia que ha de ser empleada en cada caso.

En cierto modo, «cada familia tiene sus demonios», como suele afirmarse en la literatura. Y, a lo que parece, no hay dos —ni familias, ni demonios— que sean iguales. Esto significa que no hay otra solución que la de individuar cada problema en cada familia, de manera que, de acuerdo con ello, se opte por la puesta en marcha de lo que sea más conveniente.

En efecto, de la ignorancia de los problemas, conflictos y dificultades que presentan los cónyuges, es muy difícil inferir de qué procedimientos, recursos o estrategias ha de servirse el terapeuta para tratar de solucionar, resolver o aliviar aquéllos. No se acierta a entender cómo se puede intervenir en terapia familiar —¿intervenir por qué, sobre qué y para qué, además de con qué fundamento?— si, previamente, no se ha identificado el contorno, perfil o contenido de tales o cuales trastornos y desajustes.

Esto no acontecería si se dispusiera de un inventario de tales dificultades, conflictos, desajustes o comportamientos psicopatológicos y si, justamente, se diferenciase entre ellos, como es menester, de manera que el elenco del que se dispusiera no fuera tan vago, restringido e indefinido, como resulta en la actualidad.

Por contra, si todo ese vasto universo de desavenencias conyugales y familiares son englobadas en un solo cajón de sastre —poco importa el término con que se las designe—, habrá que concluir que cualesquiera de esas modalidades en nada se diferenciarán de las restantes o, dicho de otra forma, que habrá que postular el carácter isomórfico de todas ellas.

Pero no parece que sea esto lo que acontece en la actualidad, sobre todo si estudiamos las confusiones, ambigüedades y diversas tipologías, hoy existentes, acerca de lo que se entiende por familia y por modelos de familia.

No, no puede sostenerse que los problemas que hoy amenazan a las parejas sean isomórficos. De aquí que la «globalización» de todos ellos en un solo cajón de sastre no parezca muy puesto en razón. El progreso científico demuestra que la ciencia siempre ha procedido de lo simple a lo complejo. Es decir, que ha tenido que fragmentar las realidades más complejas en sus elementos más simples e investigar, primero unos y después otros. Esto quiere decir que la ciencia se ha mostrado en favor del principio de «divide y vencerás».

Por eso mismo, es predecible que el no ateniimiento a ese modo científico de proceder —si no se individualan, identifican y apresan los aspectos diferenciales, que distinguen a unos y otros «problemas»—, de seguro que no podrá avanzarse, como es de desear, en este necesario ámbito de la salud, la psicología y la educación familiar. En síntesis, que si no se hace progresar, como es necesario, el diagnóstico psicológico y psicopatológico de la familia, tampoco progresará la terapia familiar.

Algo parecido podría suscribirse respecto de la eficacia de las muy variadas terapias hoy al uso, cualquiera que fuere la índole o escuela a que pertenezcan. Y en esto de las escuelas habría mucho que decir. Baste con señalar lo que sigue: Para respetar la libertad de la opinión científica, es preciso tener la modestia —sería mejor hablar de realismo— de que ni escuela ni profesional alguno, por expertos que fueren, se creyeran en posesión del monopolio de la verdad.

Si, como Tertuliano afirmaba, «no es propio de la religión obligar a la religión», de muchas menos razones disponemos para que una determinada escuela de terapia familiar pueda «obligar» o imponer, en el ámbito científico, sus particulares concepciones y teorías, especialmente si, como es el caso, la mayoría de ellas no han sido verificadas, al menos de forma concluyente.

Tampoco las terapias de familia son homomórficas en lo relativo a su eficacia diferencial, coste, duración, orientación, teorías científicas en que están fundadas, modos de aplicación, intromisión en la intimidad de los cónyuges y familiares, indicaciones en función de cuál sea la naturaleza de los «problemas» o las «patologías» de los padres e hijos a las que se dirigen, resultados obtenidos, etc.

Por sólo tomar uno de los últimos términos al que antes se ha aludido —las «indicaciones»—, no parece que dispongamos de ninguna verificación empírica, por el momento, que haya puesto de manifiesto la mayor o menor eficacia que cabe esperar de uno u otro procedimientos terapéuticos.

Hay que admitir, desde luego, que ninguno de los procedimientos disponibles, que en la actualidad se emplean, está adornado de cierta «especificidad terapéutica» («indicación»), de manera que pueda y deba apelarse a él para solventar un concreto y específico «problema» (de la familia con un miembro esquizofrénico a las parejas sin hijos con un alto riesgo de divorcio).

Sin esta especificidad no sólo estaremos muy lejos de alcanzar una cierta «omnipotencia terapéutica», sino tan siquiera los tradicionales estándares mínimos sostenibles que son habituales en el contexto de las intervenciones, cuando la teoría que las fundamenta es científicamente correcta.

Y, desde luego, no todos los procedimientos terapéuticos disponen de igual capacidad resolutive respecto de los más diversos «problemas». En este punto es mucho lo que todavía queda por hacer o, por mejor decir, es menos lo que hasta ahora se ha logrado que lo que resta por lograr. Hasta que no se compare y cuantifique la eficacia diferencial entre unos y otros procedimientos, respecto del mismo problema en idénticas o parecidas familias, no dispondremos de ningún criterio terapéutico que esté puesto en razón a la hora de tomar decisiones. Precisamente por esto, la evaluación de la familia resulta hoy irrenunciable.

De renunciar a ella, es más que posible que continuemos atribuyendo la supuesta eficacia terapéutica a otras variables que, por encubiertas, implícitas o moduladoras, todavía no se han estudiado. Me refiero, claro está, a variables como ciertos rasgos de la personalidad de los terapeutas, a su mayor o menor dominio de las técnicas que emplean, a la menor o mayor experiencia acumulada de que dispongan, etc.

Otra razón en defensa de la evaluación psicopatológica de la familia, ésta de tipo pragmático, reside en el hecho de que no resulta del todo indiferente para la buena marcha de la terapia familiar —no podía ser de otra forma— la evaluación previa de la carga psicopatológica que puede estar afectando a uno o algunos de sus miembros y, a través de ellos, a las relaciones e interacciones con otros miembros familiares.

Las numerosas referencias bibliográficas disponibles en lo relativo a algunas muy concretas patologías (fundamentalmente, la depresión, la esquizofrenia, el autismo, la anorexia y el alcoholismo), parecen establecer ciertos perfiles o tipologías familiares, más o menos específicas, en cada uno de estos trastornos.

Por último, el cercano seguimiento y supervisión que el autor de estas líneas viene realizando en algunos jóvenes aprendices de terapeutas familiares, ha adensado y profundizado lo que venía pensando acerca de

la evaluación y el diagnóstico familiar. Algunos de ellos, tras las primeras entrevistas con las parejas en conflicto, salían con «los pies fríos y la cabeza caliente» y, lo que es peor, sin apenas poder establecer un criterio acerca de por dónde o cómo empezar su programa de intervención terapéutica. ¡Y habían empleado en este menester nada menos que seis horas!

Es comprensible que esto suceda en los jóvenes todavía poco avezados en esta materia. Durante esas entrevistas asisten, en ocasiones, a verdaderos enfrentamientos entre los cónyuges que, disputándose las palabras, cada uno niega lo que el otro afirma, sin permitir precisar los contenidos temáticos claves en los que anidan los principales conflictos de la pareja.

En el debate a lo largo de la entrevista no suelen faltar las descalificaciones, etiquetados, prejuicios indemostrables, verdades, sesgos, tópicos, atribuciones más o menos encubiertas, hechos elocuentes, declaraciones irónicas, sospechas no verificadas, acusaciones que hacen el papel de armas arrojadas, descripciones muy ajustadas a la realidad, manipulaciones, etc., además de una rica y versátil comunicación gestual que contribuye a enmascarar, todavía más, las complejas relaciones existentes entre ellos.

Sin disponer de un protocolo bien diseñado para la entrevista de evaluación y sin el auxilio de ciertos instrumentos diagnósticos, se comprende que el joven aprendiz se sienta perdido y extraviado en el mar proceloso de la terapia familiar, sin ni siquiera la posibilidad de atisbar un puerto seguro en el que poder fondear su vulnerable y frágil embarcación terapéutica.

A ello hay que añadir otras muchas dificultades inherentes a las propias relaciones familiares, como la rutina, la incompreensión, las contradicciones, las pequeñas y grandes desavenencias en ciertos criterios importantes, etc.

El libro que tienes en tus manos, amable lector, es apenas una introducción —ni exhaustiva ni sistemática, por el momento— al diagnóstico psicológico y psicopatológico de la familia. Y, no obstante, relativamente innovadora, habida cuenta la actual ausencia que caracteriza a la bibliografía disponible en castellano sobre este particular.

Dado este carácter introductorio, se han distinguido en esta publicación tres partes bien diferenciadas. En la primera se pasa revista, muy sucintamente por cierto, a la historia y al concepto de la evaluación familiar, además de facilitar al estudioso su contacto con los procedimientos más elementales del psicodiagnóstico (observación, autoinformes, entrevistas y técnicas proyectivas).

En la segunda parte, se incide más frontalmente en algunos contenidos temáticos que son nucleares —y, por tanto, irrenunciables— en el contexto de la evaluación familiar (interacción familiar y conyugal, valores, paternidad, roles y poder, ajuste familiar, etc.).

Por último, en la tercera parte, se atiende principalmente a la exposición crítica y pormenorizada de los dos instrumentos de evaluación familiar más frecuentemente empleados en la actual comunidad científica, por su mayor relevancia y eficiencia: *La Escala de Adaptación y Cohesión Familiar* y *la Escala de Funcionamiento Familiar*.

El evaluador y el terapeuta de familia, como cualquier investigador en el ámbito científico, han de buscar siempre la verdad. Es comprensible, no obstante, que con frecuencia algunos profesionales se guíen por otro principio más fácil para ellos: el de la comodidad. Pero es éste un principio —valga la redundancia— poco principalista y, en consecuencia, lo que sobre él se construya tiene sus días contados.

La comodidad es mala compañera de viaje de la ciencia. El quehacer científico es siempre incómodo y hartó problemático; la comodidad, en cambio, se dice a sí misma «no tengamos problemas, tengamos la fiesta en paz». Por eso, el quehacer científico y la comodidad constituyen un matrimonio mal avenido, que suele acabar en su disolución.

Por contra, la verdad y la ciencia forman buena pareja. En realidad, el quehacer científico y la búsqueda de la verdad son una y la misma cosa. Lewis lo ha formulado en una breve proposición que, como otras muchas de las suyas, resulta sencillamente magistral: «Si buscas la verdad, al final podrás encontrar comodidad; si buscas sólo la comodidad, no encontrarás ni verdad ni comodidad».

Ni la evaluación ni la terapia familiar resultan cómodas para los expertos que en ellas trabajan; y, sin embargo, palpitan en ellas muchas verdades que sobrepujan, una y otra vez, por ser desveladas. En última instancia, de ellas depende, en buena parte, la felicidad familiar y personal.

«A menudo he observado —escribe Oscar Wilde, en *La importancia de llamarse Ernesto*— que los matrimonios siempre suelen tener en casa champán de segunda clase». A esto precisamente atiende la evaluación psicológica y psicopatológica de la familia. A lo que se dirige en concreto la evaluación familiar es a transformar el champán de «segunda clase» en «primerísima clase extra», de manera que con su consumo cada miembro de la familia se acrezca y realice como persona en toda su plenitud, simultáneamente que contribuye a que los otros se desarrollen en toda su estatura personal.

Los autores de esta publicación se sentirían muy bien pagados si, con el esfuerzo que han realizado, contribuyen modestamente a que las parejas y las familias sean más felices. Pero entienden que el camino que más «in recto» se dirige a ello es el de la formación de jóvenes y eficientes profesionales, como evaluadores y terapeutas de familia. Por eso, a ellos, justamente, va destinada esta publicación acerca de *La evaluación psicológica y psicopatológica de la familia*.

AQUILINO POLAINO-LORENTE
Sierra de Madrid, 4 de enero de 1998